

MATACAN

JAVIER CARABALLO

Conócelos

De los gitanos se han escrito siempre muchas barbaridades. Las vomitan quienes los detestan por un racismo secular y las escriben, ay, quienes, ante cualquier conflicto, se quedan colgados de un verso de Lorca, sonámbulos como el romance, sin ver más allá del estereotipo. «Pero yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa».

Ahora, estos días, volveremos a asistir a ese espectáculo de palabras sabidas, de discursos prefijados a cuenta de los incidentes que se están produciendo en Cortegana. Lo de este pueblo de Huelva es un drama todavía sin final, escrito en tres actos y con un largo preludio de rencores. Mataron a un hombre cuando paseaba por un camino que conocen como el del Chanza, negras ironías del destino. Era un deficiente mental. Le dieron una paliza «que se les fue de las manos» para darle algún escarmiento. Y lo apalearon hasta la muerte. Amanecía el año. Se llamaba Mateo Vizquez.

Al poco, detuvieron a cuatro personas como presuntos autores. Vecinos del pueblo, uno de ellos hijo de Luciano Montoya, el asesino de una concejal de Izquierda Unida. Los detenidos eran gitanos. Y todo se desbordó entonces. El domingo, tercer acto, una manifestación multitudinaria acabó con grupo de exaltados que intentó quemar las casas del barrio donde viven. Desde entonces, el conflicto ha tomado otro cariz. ¿De dónde nace la ira de Cortegana? ¿La bilis brota del racismo? Debate abierto, se inaugura la veda de conceptos previos.



En Cortegana, un pueblo de cinco mil habitantes, no suele haber más de un asesinato violento al año. Uno de los más sonados, el de Saray Castillo, la joven que apuñaló a su amante con un cuchillo de cocina. Podrá decirse ahora que nadie entonces se agrupó en patrullas ciudadanas para expulsar del pueblo, como hacen ahora con los gitanos, a todas las jóvenes que fueran amigas de Saray Castillo. Ese es, por ejemplo, el mensaje que quiere transmitir la Fundación Secretariado Gitano, con la publicidad 'Conócelos antes de juzgarlos'. «No culpes a todos los gitanos de lo que hayan hecho algunos», añaden en sus anuncios.

¿Puede alguien oponerse a lo anterior? Claro que no, hombre, porque ninguna causa, ningún ideal y ninguna protesta justifica la violencia. Pero tampoco sería de justicia resolver el problema de este pueblo de un zarpazo insultante. Que lo que ocurre allí no es un problema de racismo, es un problema de marginación. Que no es racismo, que el problema es el gueto consentido. De paños o de gitanos; de marroquíes, como ya pasó en El Ejido, o de cualquier otro colectivo asentado en el extrarradio de ciudades y pueblos hasta que la pólvora de la marginalidad acaba empapándose en un charco de sangre. Conócelos. Sí. A todos. Y a sus circunstancias. Ni gitanos ni racistas. Generalizar es la mejor forma de esconder el problema y de perpetuar los guetos.